

La Baronesa D'Aulnoy en Vasconia y Castilla

por

Justo Garate

Alguna vez he escrito que don Julio de Urquijo es quien realmente ha introducido y hecho arraigar entre nosotros, la Vasco-logía científica, mérito extraordinario para un país sin Univer-sidad. Le llevó a ello su seguro buen juicio sobre las materias y las personas y fueron prendas esenciales para el éxito su sensatez, amenidad y donosura de estilo que son como la gracia, la segu-ridad y la armonía en la marcha de las personas. No se trata de rapidez poco sentada, ni de profundidad algo aburrida, y por ello es mucho más eficaz.

Unase a ello su generosidad, pues sus grandes desembolsos financieros para formar y enriquecer su biblioteca, han sido uti-lizados, no sólo por él, sino por todos los estudiosos interesados en su manejo. Y aparte de ello, otros datos, consejos y orientacio-nes fluían de su amena conversación y de su incansable máquina de escribir.

La formación de ese espíritu público y la asociación con los estudiosos de otros países, superan con mucho, lo que don Julio pudo habernos dado de más en publicaciones propias, pues en este caso los lectores hubieran sido más escasos y él hubo de cuidar a la par de aumentarlos. Convenía que alguien hiciera notar que ha sido un experto Decano de una libre Facultad de Letras y que ha hecho trabajar a todos sus miembros en armonía.

Por todo ello, tengo hoy sumo gusto y placer en dedicarle este trabajo, que cae tan dentro de sus mayores aficiones y con el que aspiro una vez más, a nombrarme como uno de sus discípulos más directos y cercanos.

SUMARIO

1. Realidad del viaje español de 1679.
2. Feminidad del relato.
3. Una industria de Bayona.
4. ¿Cerditos o cobayos?
5. Escotes y tocados.
6. Las pescaderas de San Juan de Luz.
7. Paz en la isleta.
8. La bahía de las bateleras en febrero.
9. Otras notas acerca de Vasconia.
10. La Baronesa en Castilla.
11. Correcciones.

I. *Realidad del viaje español de 1679.*

El año 1891 fué editada en Madrid por Juan Jiménez esta relación de viaje en versión castellana de Ruiz Contreras, quien hace referencia a la misma en el prólogo a su traducción del FIGON DE LA REINA PATOJA. En 1943 la ha reeditado la editorial madrileña La Nave, sin dar la fecha, índices ni texto de capítulos, aunque con lindos grabados en número de 19 y una bella portada. En ella, el traductor no se muestra a la altura de sus versiones de Anatole France, más fáciles, por tratarse de diálogos en su mayor parte.

Poco después de esa reedición del viaje, la editorial Calleja, publicó FANTASIAS Y REALIDADES DEL VIAJE A MADRID DE LA BARONESA D'AULNOY, CRITICADO HISTORICAMENTE POR EL DUQUE DE MAURA Y AGUSTIN GONZALEZ AMEZUA. Es un libro interesante y si yo estampo afirmaciones coincidentes aquí, es porque las publiqué ya en un semanario porteño antes de conocerlo, pues lo poseo, merced a un encargo amablemente ejecutado por mi colega y amigo el Dr. J. L. Curutchet en su viaje de 1947 a Europa. Posteriormente, me ha regalado otro ejemplar el sagaz bibliógrafo alavés Antonio Odriozola.

Nos da la cronología del viaje y la de las supuestas cartas (escritas *a posteriori*), lo que fué una lástima no publicase La Nave.

Es un estudio serio y minucioso y espero no «rifén» (1) conmigo si les digo que el segundo de los dos holandeses de 1654 (p. 2 y 19) era el *dauphinois* Antoine Brunel.

Aunque no fuera de altos vuelos su imaginación, no coincido con Mad. Carey y el dúo Maura-Amezúa (131) que se la niegan paladinamente, pero estos escritores hispanos se olvidan de ello y le otorgan *mucha imaginación* en la última página.

Existe otra obra del duque de Maura que se denomina SUPERSTICIONES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII Y HECHIZOS DE CARLOS II, editado igualmente por Calleja, de fecha quizá algo anterior a las citadas y que es asimismo muy interesante para los etnólogos y psiquiatras.

Para darnos cuenta del éxito de esta obra y de que la baronesa ha sido, aunque en forma póstuma, una *best seller* (vendedora máxima) recordaremos con Maura y Amezúa que ha habido trece ediciones francesas o sea de la lengua original, así como 17 versiones al inglés, cinco alemanas, cuatro españolas y una holandesa, aunque J. A. van Praag habla en plural de ediciones holandesas (Véase Farinelli, II, 175).

En los MITOS ESPAÑOLES, de Caro Baroja (p. 300), y siguiendo a Foulché Delbosc, y Martín Hume leemos lo siguiente: «La estancia de Mad. d'Aulnoy en España es problemática». La lectura de una recensión en THE OBSERVER el año 1929 (con motivo de la versión al inglés de la edición crítica Foulché-Delbosc de 1926) y de la versión española de Luis Ruiz Contreras, que me prestara mi amigo el Dr. Carlos Careaga en Bilbao, me hicieron pensar lo mismo y así salió en el epílogo a mi edición de EL VIAJE A NAVARRA DE CHAHO, en 1933, pág. 249, tomando al libro por una compilación de memorias españolas y opinando que dicho viaje no habría tenido existencia real.

(1) Verbo raro, para nosotros, que les gusta usar y significa reñir.

Más tarde, tuve ocasión de leer todo el libro de ese viaje español y me convencí de que reunía bastantes caracteres de autenticidad, junto a otros relatos, dignos de la célebre *cuentista* francesa. Esa impresión me fué confirmada en una conversación que sostuve en el Hotel Carlton de Bilbao, con el especialista en viajes por España y Polígrafo italiano, Arturo Farinelli, cuando el Club Internacional le llevó a dar una conferencia, con ocasión del tercer centenario de la muerte de Lope de Vega, hacia 1935.

En su novísima refundición, editada por la Accademia d'Italia (*Reale* en los dos primeros tomos y sin adjetivo en el tercero), se ocupa de dicho viaje mi sabio amigo Farinelli en las páginas 175 y 177 del tomo II que se leerán con provecho como bibliografía y como refutación de la tesis negativa de Foulché-Delbosc.

También Vinson creía en dicho viaje (LES BASQUES ET LE PAYS BASQUE, p. 76) y no es que le tenga yo por infalible, ni siquiera por imparcial, como lo mostraré a no tardar.

J. García Mercadal dedica al periplo de la baronesa nada menos que los capítulos XV, XVI y XVII del tomo III de su ESPAÑA VISTA POR LOS EXTRANJEROS, en los que se observa cierta inseguridad en el juicio. Reproduce parte del juicio de Taine sobre esta obra, a la que consagró un estudio elogioso en el que sorprende leer que la pseudo-condesa «no exagera nunca».

También Sainte Beuve se ocupa de este viaje, y Paul Hazard extracta una nota sobre el teatro en Madrid (p. 331), y Ballesteros (Tomo IV, Vol. II, pág. 564) se remite a ella, para ilustrar la indumentaria femenina de Madrid.

Tengo para mí que la baronesa no concedía importancia alguna a los nombres geográficos, ni a las dimensiones, y que en ella la ficción y la realidad no estaban netamente separadas, como sucede en otros tantos literatos. Su fuerte lo constituían la imaginación y la psicología y merced a ellas, ha dejado un nombre en la historia, lo que no es poco, para una mujer de no mucho fondo como era ella.

Una prueba de lo que antecede es el pasaje de la pág. 147, en la que escribe que la serpiente de cascabel, tiene en su cabeza

este adminículo, cuando, como es sabido, el mismo se encuentra en la cola.

Así cruza las montañas de Behobia y sitúa a San Juan de Luz entre dos grandes montañas. Halla siete leguas entre Irún y San Sebastián.

Llama también río Hendaya al Urumea (27) y Urola al Zadorra (31 y 41).

Foulché-Delbosc da como fuentes suyas en Vasconia a Jouvin de 1672, a Gourville y su boticario Bernardin Martin de 1699 y a los conocidos Brunel y Bertaut.

Habiendo consultado en la Bibliothéque Royale de Bruselas el tomo 67 de la *Revue Hispanique*, con extenso prólogo y eruditas notas de Foulché Delbosc, diría yo que el relato del viaje tiene injertos eruditos, posteriormente aderezados, muy a menudo con poca propiedad. Tras de haber escrito eso en un semanario de Buenos Aires, me he hecho con los nuevos textos de Farinelli y Amezúa.

Menéndez y Pelayo tiene a este viaje por más realista que los relatos de los románticos franceses, pero me permito en eso discrepar del gran polígrafo.

2. *Feminidad del relato.*

La preocupación de la viajera por las personas que pertenecen a su propio sexo, le lleva a escribir que el castillo donostiarra de la Mota, podría ser conquistado por «un ejército de mujeres sin otras armas que sus rucas».

Habla de un fantástico convento guipuzcoano de monjas (29), que según Brunel caería por San Bartolomé o Miracruz, pero al que Mad. d'Aulnoy lleva hacia Iziar o Guadalupe. Coincide con Brunel y conmigo Berruezo en la p. 38 de «San Sebastián. Itinerario pintoresco a través de su historia».

Le llaman la atención las gitanas, aunque como el traductor vierte erróneamente *Bohemias* (24, 314 y 317) a alguno le habrán pasado inadvertidas.

«Cuando regresé a mi casa quedé sorprendida al encontrar

allá muchas piezas de tela que me habían llevado de parte de las damas que fueron a verme, con cajas llenas de confituras secasy de velas. Estas costumbres me parecieron muy corteses para una dama a la que no conocían sino desde hacía *tres o cuatro días*», escribe en Bayona (14) y hablaban sin duda *gascón* como se deduce de los apellidos Du Juncas, La Lande (253) y Castelnaud.

Además comienza a oír sólo euskera en Urtubia (Artois) y Urruña (Orognés): hasta allí lo oiría pues de vez en cuando, como el francés y el gascón.

Adjudica a las españolas la costumbre de usar simultáneamente hasta una docena de faldas, más la enagua, costumbre que he visto realizada en Bolivia, en los múltiples refajos de las mujeres.

Encontramos el nombre de la archiduquesa María Antonia de Austria (Maura, pág. 46 y 279), hija del Emperador, antecesora en el nombre de la que llamamos equivocadamente María Antonieta, malograda reina de Francia, observación juiciosa y acertada de Azorín, en lo que le precedió el revolucionario Hevia.

Varias ediciones no recogen el episodio novelesco de la tortura de dos muchachas en San Sebastián a que se refieren Maura y Amezúa (XVII y 14).

Supongo que las vacas *mandarinas* de la página 209 son las llamadas hoy *madrinas*. Esos autores castellanos ofrecen nuevas pruebas de la realidad de la estadia madrileña de la baronesa y aseguran mucho su aérea cronología.

3. *Una industria de Bayona.*

He oído decir a algún alemán que en su lugar natal llamaban *Jerry* al cerdo, pero eso necesita confirmación.

Solomu se dice mucho en Vergara por lomo y aquella palabra aparece recogida como *solomos* en Ballesteros Beretta (IV, 2.º 565).

Txerrimonik como ciertos manjares de chancho hacia Asteasu se lo he oído al pintor Cabanas Oteiza.

Txistorme como chorizo delgado aparece en el NUEVO TABLADO DE ARLEQUIN de Baroja, página 6. En los DIALOGOS DE VIVES (p. 128) aparece registrada *lucanica*, de Lucania,

como antecedente de nuestra *Lukainka*, como procedente del epigrama 34 de Marcial: «Filia Picenae venio lucanica porcae». O sea: «De Ancona, hecha longaniza vengo».

El hecho es que la *txingarra* (jamón en Irisarri) fué celebrada por Humboldt y ese nombre se ha extendido en uso corriente en la Argentina a la *pancetta* italiana o *bacon* inglés que en euskera genuino es *urdai- iru- giarra*, o sea, tocino de tres vetas, siendo *urdai-azpikoa* el nombre del jamón. He tenido que pensar en todas estas cosas en ocasión de un trabajo mío sobre «Etiología de la Colecistitis» en el que opino que la grasa de cerdo (y de cordero) que han pasado la fiebre aftosa, es una causa frecuente de la dolencia, en lo que no había pensado Vives en sus *Diálogos*, página 140.

Siempre recuerdo un sucedido de Vergara. Cierta vez fué un pariente mío a comprar cola y regiones próximas de cerdo a una tienda y como se le olvidó el nombre vasco de dicho apéndice, pidió que le dieran: «*Txarriak atzian daukana*», con lo que ocasionó el regocijo de los circunstantes.

Conocido es el vehículo especial denominado *cacolet* que describe también Guillermo de Humboldt en sus DIARIOS DE LOS VIAJES VASCO Y ESPAÑOL, que por cierto no aparecen en la bibliografía de Barbe a pesar de haberse publicado las traducciones castellanas de esa parte, antes de 1935.

Veyrin, etc. publican un bello grabado en el libro intitulado «*Visages du Pays Basque*» frente a la página 50.

Según la duquesa de Abrantes (esposa de Junot) Alfonso Pignatelli (muy citado por Fagoaga en su GARAT y por Marichalar en su obra sobre el duque de Osuna) fué excesivamente galante con una conductora de *cacolet*—de las que hacen pecar a un santo—, por lo que ella saltó a tierra e hizo con ello, que desnivelado Pignatelli, cayera por el otro lado y se rompiera la nariz, lo que le molestó mucho (Barbe, art. 5).

Otras veces lo que hace «pendant» en el *cacolet* es algo menos bello, como cuenta J. B. Lalanne (Barbe, art. 523) que acació a un *petit-maitre* que tuvo que viajar frente a un cerdo.

Y es que los cerdos debían de abundar por Bayona, pues nues-

tra baronesa alaba el jamón y las lenguas de cerdo (30) del país aquel; también fué alabado por Charles Malo el año 1823 (Barbe, 602) quien pide el testimonio de Piron.

Blayney, a pesar de sus contrariedades, pues había sido tomado preso en 1810, da la receta bayonesa para preparar el jamón (Barbe, 36) y hasta Cabarrús (Farinelli, II, 362) fué a España a dirigir una fábrica española de jamones y no sabemos si tuvo algo que ver con los futuros jamones de Jabugo y de Trévélez.

Fagoaga, en su deliciosa obra sobre PEDRO GARAT EL ORFEO DE FRANCIA, pág. 17, escribe lo que sigue: «La condesa d'Aulnoy, que recorrió el país en el siglo XVII, observa en sus MEMORIAS que *en toda la Guyana y hacia Bayona existen voces a profusión, pero lo único que parece que escasean son buenos maestros*. A creer a esta noble señora, la excelente fama que ya desde entonces disfrutaba Bayona por su Catedral, su chocolate y sus *jamones*, no se extendía por lo visto, a sus maestros de canto...»

Es curioso el interés que la lengua castellana muestra por la denominación del *cadet* o benjamín de los lechones o lechales o lebracos de Avila o zaguarines o Ferkeln en alemán, hasta el mes de edad aproximadamente, de una lechigada o lechonada que ha aparecido en una cochiguera o chiquero.

En Colombia se le llama cacique; es el más redejido y se queda sin teta.

En Plasencia de Cáceres se le denomina guarrapo.

En Avila le llaman guarín.

Al cerdo lo llaman tocino en Zaragoza y a la pancetta denominan en España, tocino inglés (bacon y stucky bacon).

A la *txingarra* denominan en Erratsu *artekia* y al jamón *azpikia*.

Todo esto nos lleva al capítulo siguiente.

4. ¿Cerditos o cobayos?

Foulché-Delbosc estudia en la «Revue Hispanique» (Tomo LXVII, pág. 1) en forma de edición crítica la influencia de ese

libro. Ya en el epílogo a Chaho se habla de esta dama y de su influencia en el viajero suletino, llamando la atención sobre los supuestos chanchitos que llevaban bajo el brazo las damas bayonesas, según la traducción española por mí consultada.

El trozo en cuestión dice: «Algunas damas que vinieron a verme, tenían un cochinito de leche (un petit cochon de lait) bajo el brazo, como nosotras llevamos nuestros perritos».

Foulché-Delbosc lo explica de la siguiente manera. «Esta historia de los lechones parece demasiado extraña para ser cierta. No habría en eso algún mal entendido? ¿Cochino en vasco se dice *charri* y *cherri* (Dicc. W. J. Van Eys. París).

¿No estarían estas damas dándose amorosamente el brazo con sus amantes, sus *chérís* en la fuente desconocida que ha utilizado Madame d'Aulnoy, desarrollándola sin duda?»

He aquí esa nota de Foulché-Delbosc en su lengua original: «Cette histoire des petits cochons de lait paraît fort bizarre, pour être vraie. N'y aurait-il pas là quelque malentendu? Cochon en basque se dit *charri*, *cherri*. (Dicc. W. J. van Eys. París). Ces dames n'étaient-elles pas *bras-dessus bras dessous* avec leurs amoureux, leurs «Cheris» dans la source inconnue que Mme. d'Aulnoy a utilisé et sans doute développé?»

Pero esa falta se haría traduciendo del francés al euskera en todo caso y no como quiere Foulché-Delbosc, que lo hiciera la viajera del vascuence al francés. Pero además esas damas hablaban en gascón y no en euskera, como según de Lancre debían de hacerlo «La plus part de Bayonnois» en 1610 (página 146).

Además ella habla más adelante de que «tal costumbre resulta inaudita» con lo que quiere hacer ver que no la oyó, sino que la vió y se refiere a «ruines animales» y «a la repugnancia de los espíritus delicados».

Puede que se quisiera mofar de la industria bayonesa de los jamones.

Por todo cuanto antecede, esa explicación de Foulché-Delbosc me parece absurda y traída por los cabellos.

El célebre párrafo aparece copiado por el Abbé de Vayrac

en 1718, pero el conde de Mérode-Westerloo no encuentra esa costumbre en Bayona.

Barbe dice que la baronesa estuvo realmente en Bayona, pero formula las naturales reservas al uso de los cochinitos, aunque estos fueran bien educados (p. 16).

Para mí no hay duda alguna de que Bayona *nunquam polluta fuit* por esa extraña costumbre. En cambio, cuenta Burchan (ACTAS CIBA, 1948, pág. 207) que australianas e isleñas del Pacífico lactaban a lechones, y lo mismo relata Krauss de Hungría.

Hay que buscar, pues, otra explicación más conforme con el carácter de la baronesa, cuyos rasgos aparecen en la génesis de sus escritos. Ya *a priori* suponía yo en 1933 (página 249 de Chaho) que esos chanchitos fueran cobayos.

Los chanchos (nombre de los cerdos en la Argentina) me los convirtió un periodista en 14 de setiembre de 1944 en cobayos en NUEVA ERA de Tandil, pues las leptospirosis de una epidemia que yo había diagnosticado y descrito, procedían en ese caso de cerdos. También eso me hace pensar que Madame d'Aulnoy pudo hacer exactamente lo contrario en Bayona y así libero a las damas bayonesas de la atribución de aquel feo hábito y mi explicación parece más plausible y ha sido aprobada por el fino vascólogo Philippe Veyrin.

Veamos lo que pasó involuntariamente con otro vocablo, el de *dindons*, al académico francés Louis Bertrand quien puebla con ellos a los corrales castellanos antes del descubrimiento de América (pág. 384 de su «L'Histoire d'Espagne») y sorprende no conociera la etimología *indiana* del vocablo *dindon* y su origen en el guajalote mexicano.

He aquí mi explicación del caso y más clara con el texto francés delante: «Quelques unes qui vinrent me voir, avoient un petit cochon *de lait* sous le bras, comme nous portons nos petits chiens».

No se ha hecho más que sustituir por la cuentista y «*deliberadamente*» *d'Inde* que son los que ella vió, pues aún abundan en Laburdi, según me escribe M. Veyrin, por *de lait* y así una especie animal por otra muy distinta e increíble. Pero la sustitución para mí, fué solo en el papel. Hace poco, he visto en una revista eslava

de Buenos Aires, la fotografía de una joven yugoslava con un cobayo al cuello.

Esos conejillos son de la especie *Cavia aperea* y los veo a menudo en la Argentina en forma salvaje (así como existen en el Brasil y Paraguay); se llama *Cavia Porcellus* a los del Perú, y su grito, parecido al gruñido del cerdo le ha hecho llevar ese nombre en todas las lenguas; *porcellus* es cerdito o gorrinillo.

Conill porquí, cochon d'Inde, Meerschweinchen en alemán, incluyen ese parecido zoológico así como su procedencia, ya de las Indias (occidentales o América) ya de Ultramar que era lo mismo. Meer es ahí ultramar como el azul marino es Ultramarinblau y se refiere al añil.

Algunos lo han confundido con Meerschwein o *izurde*, y lo han vertido al castellano como marsopa. Así en Anales Merk.

Sólo en inglés se les llama *Guinea pigs*, cuando seguramente es una confusión de procedencia como la que existe al llamar en inglés *turkey* al guajalote o pavo de México, o en el Brasil al denominarle *perú*, y en francés al denominar al maíz americano, *blé de Turquie*, como lo hace Manier el año 1726.

Escribí en mis VIAJEROS EXTRANJEROS EN VASCONIA (pág. 155) cuanto al caso convenía, pero el *aperea* que yo creí (como otros muchos) fuera latino de *aper*, jabalí, parece ser guaraní y debo corregirme, lo que hago con gusto, pues no estaba tranquilo hasta consultar a personas conocedoras de esos idiomas, como lo he hecho.

Mi buen amigo argentino, coronel Uriondo, me comunica que *aperea* es en Misiones el nombre del cobayo. En el Boletín de la Academia Argentina de Letras, Tomo III, núm. 9 y pág. 18 expone Marcos A. Morinigo, los primeros textos.

El señor Pedro Inchauspe en LA PRENSA de Buenos Aires, da unos datos de ese animal al que llaman en Corrientes y Misiones (provincia y territorio argentino, respectivamente) *laperia*, y al que dicho escritor denomina *aperea*.

En compensación, y como no me mueve fobia alguna al latín (antes al contrario) diremos que la etimología de porcelana, para el kaolín chino, procede de Marco Polo, pues como su contacto

le recordaba la suave piel del lechón o *porcella* en latín, la utilizó para designar a la hoy popular mercadería china. Así lo leemos en las ACTAS CIBA, enero de 1940, pág. 35.

Y vamos a dejar los lebracos, sin ir al deán Swift y su recomendación de asimilarles los niños irlandeses, ni a Charles Lamb con su panegírico del guarino.

5. Escotes y Tocados.

A propósito de mujeres y como se dan descripciones de costumbres, por las cuales se cubrían arriba lo que mostraban abajo (al contrario del *usque ad umbilicum detegere* en la Castilla de Enrique IV) hay un antecedente griego curioso, que aparece en Diógenes Laercio, al tratar en la página 12 de su tocayo el Cínico, el que reza así: «Mujeres que se prosternan ante los dioses y enseñan la popa *«Nihil novum sub sole»*.

Ya De Lancre había escrito:

«Y en Laburdí las mujeres muestran su popa de tal forma que todo el adorno de sus enaguas plegadas está hacia atrás, y a fin de que sea visto, ellas levantan su falda y la ponen sobre la cabeza, cubriéndola hasta los ojos», como transcribo en VIAJEROS EXTRANJEROS EN VASCONIÄ, p. 152. Ya antes que yo, había don Julio de Urquijo utilizado este texto.

Enseñar los pies es el último favor que otorgan las españolas para nuestra viajera. Montesquieu dice «que los españoles hacen consistir el honor de sus mujeres en que tapan las puntas de los pies, permitiendo que lleven los pechos descubiertos». Este y otros varios pasajes, inspiraron la célebre sátira española de Montesquieu en sus LETTRES PERSANES, como lo prueba Elie Carcassonne.

De Montesquieu dice Leo Claretie en su HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA (II, 85): «Es un romano, un jurisconsulto de las orillas del Tíber, transportado al país de Ausonio y de los vascones».

Pero el pasajes de los pies es criticado por Maura y Amezúa (133 y 151). De 1655 es el relato de Antoine Brunel, compañero

de viaje y mentor *dauphinois* del joven neerlandés Aerssen van Sommerdyck, que se encuentra en la REVUE HISPANIQUE, III, pág. 119. «Desde Bayona las mujeres descubren sus nalgas, para cubrir sus mejillas». Quizá se refiere a algún sucedido con la lluvia, pero de todas formas lo recogí en mis ENSAYOS EUSKARIANOS de 1935 (pág. 125) y ello me recuerda el cuento de un supuesto voto de una mujer a San Antonio de Urkiola y la impasibilidad de su marido.

Barbe nos proporciona un nuevo relato que yo no conocía (234) con la observación de Muret en San Juan de Luz el año 1666, acompañando al arzobispo de Embrun.

En la bibliografía vasco-francesa existe otro caso que conocemos don Julio y yo, en el que por accidente, una dama principal dejó ver «ses blanches cuisses». Parecería, pues, encontrarse en una huerta con perales «cuisses de nynphe» cuyos sabrosos frutos me solían regalar unos clientes de Durango.

En marzo de 1767 se dijo «que se iba a mandar cortar el pelo a las mujeres que lo llevaban en forma de rodete y a hacerles quitar las agujas de la cabeza», escribe en el T. 14, p. 190, Lafuente con referencia a Madrid.

Hay una frase en de Lancre sobre la que no he visto aún que se llame la atención, aunque quizá lo haya sido por alguno. Dice en la pág. 159, abajo, del extracto publicado en el BULLETIN DU MUSEE BASQUE, de Bayona, lo que sigue: «et comme on dit la teste près du *bonnet*, aussi hayent ils en quelque façon et ie ne sais pourquoy, les chapeaux, et ne prennent plaisir d'en voir en leurs *Bilsars*». Como la palabra vasca *boneta* que designa boina o txapela, viene sin duda del francés *bonnet*, éste sería un buen indicio más, para suponer que ya en aquella época la usaban los labortanos, pues además escribe que *odiaban* los sombreros.

Ya chocaban las gorras y los sombreros, que luego produjeron la revolución de 1772, en la nación sueca.

6. *Las pescadoras de San Juan de Luz.*

Creo que en cambio puede ser mal interpretada una palabra, la que aporta Jean Serre escrita en 1530 según Barbe (p. 292). Dice que a las jóvenes atusadas o peladas, y por tanto solteras, de Donibane Loitzun, las denominaban *Biscarrades*. Barbe (229) la interpreta como *bizkaitarrak* o sea vizcaínas.

Es muy raro que hubiera tantas vizcaínas entonces, allí, y me parece imposible que las labortanas se denominaran a sí mismas de esa forma. Las *luziennes* se llamaban a sí mismas *doninbandarrak*, algo muy distinto en verdad.

Todos los viajeros se asombran de la cantidad de *pesca* que existía en el bello puerto laburdino y por eso una interpretación de la palabra sería como *Pescaderas*, palabra castellana que como otras muchas, habría hecho irrupción en esa costa, pero habría que demostrarlo. Es una hipótesis de trabajo, susceptible de ser mejorada por otras, como por ejemplo *Cascarotes*.

En unas horas de insomnio se me ocurrió eso, como otra vez que había leído en LA PRENSA de Buenos Aires, del 11 de noviembre de 1946, algo sobre los distritos de *Needy* en Malasia, tratando del hambre, no dudé de que se trataba de distritos *necesitados*, en inglés, que quedó sin vertir. Añádase a ello que hablaba de la comarca de *Nei* que, como buen aficionado a la geografía, puedo decir que no existe allí, sino que eran las iniciales de NETHERLANDS EAST INDIES, o sea Indias Orientales Holandesas, N. E. I. Pero volvamos a lo vasco.

Tenemos que el mismo Humboldt oye Ichos lo que decían Etchauz, en su DIARIO DEL VIAJE VASCO ¿y el CESTON que le dijeron en San Sebastián... Como no sea una referencia a CESTONA por el Izarraitz? En cambio, los *caludas* de Albia por San Isidro, eran simplemente *culadas*, como en extracto que Misie Basque hace de Lancre (180).

Y hay tratadistas carlistas que hablan de Horca Dossis en lugar de Orzaize u Osés, del primero de los cuales procede el nombre del ministro gallego Urzaiz, descendiente de los curtidores labortanos de Compostela.

Y el País de Labort se confunde por algunos con la tierra de Labor situada en Italia como acontece con Ballesteros Beretta

Más curioso es el sucedido de este autor (T. IV, parte 2.^a página 491) cuando quiere citar un trabajo de don Julio de Urquijo, titulado: UNA FUENTE DEL GUERO DE AXULAR: FRAY LUIS DE GRANADA y escribe donosamente UNA FUENTE DEL GRECO AUXILIAR DE FRAY LUIS DE GRANADA.

En esa frase se nos convierte una obra vasca titulada GUERO, o sea DESPUES, en el Greco y el apellido AXULAR, párroco de Sara en el adjetivo castellano AUXILIAR. Pero en fin, hay editores franceses que nos hablan de San Luis de Granada.

A veces una palabra común en dos lenguas, se pronuncia tan distinta que cuesta más su indentificación que la de las diferentes. Y eso me pasó cuando oí por vez primera la palabra AMOR, pronunciada por un alemán. Y cuando yo hablaba en Copenhague de Knud Faber y de Fibiger y de Krogh, no me entendían los médicos daneses por mi defectuosa pronunciación.

7. Paz en la islita.

En varias publicaciones mías me he ocupado de diversos autores que contaban la entrevista de Luis XI y de Enrique IV de Castilla en la orilla hendayesa del Bidasoa, en un terreno que pertenecía al dueño del castillo alejado de Urtubia, lo que ha originado confusiones de tierra adentro, en quienes no piensan en la etiqueta regia.

Pero la más importante fué la entrevista en 1659, 7 de noviembre, para la paz de los Pirineos, en la isla de los Faisanes, de la Paz o del Hospital o de la Conferencia (Beaulieu, en Barbe, artículos 73 y 74, 89 Ob.). Es curioso que se hable de una colina Toloseta por Martín, en la página 208 y eso explica el nombre de Tolosa dado al río Bidasoa (133) junto con los de Hendaya, Margueri y Gostabar, prescindiendo del viejo Magrada.

Una de las fábulas del famoso Lafontaine, la de las dos cabras, tiene una referencia vasca que vamos a extractar. Las dos cabras (el animal perseguido por el Fuero según Gregorio Mujika) van a

encontrarse en una tabla estrecha sobre un arroyo y cada una pone su pata sobre aquella. Y sigue el poeta:

«Me imagino ver con Luis catorce a Felipe cuarto que avanza en la isla de la Conferencia».

Se refiere a la isla de los Faisanes y según nota de Cazier, el editor, a la paz de 1661, en la isla irunesa de los Faisanes.

De Lancre (151) habla de otras islas en el Bidasoa.

Con este motivo hacemos una rememoración de las islas fluviales de Euskalerrri que son al presente esa y la bilbaína de San Cristóbal con su fábrica, cerca de donde se pescan las angulas famosas de la isla.

Es muy conocida la de Txatxarramendi en Pedernales.

Hubo antes una en Uribitarte, o sea «entre (dos) pueblos» que luego se reunió a la ribera de Albia o Abando, en los actuales muelles de Uribitarte. Y otra en el Ogarana o Nivelles, que Unamuno confunde con la Nive, entre Donibane Loitzun y Ziburu, de la que habla el padre Bel en los VIAJEROS EXTRANJEROS EN VASCONIA, cuando dice que había en ella un convento nuevo de recoletos llamado Nuestra Señora de la Paz que con el jardín ocupaba toda ella, que no era mucho, y que con su fundación hizo que desapareciera la antigua enemistad entre los dos pueblos citados y cercanos, ya recogida por de Lancre. Se ha reunido luego a la margen ziburutarra según nos comunica el señor Guruchaga, e ignoramos su antiguo nombre.

Nos confirman su existencia M. Veyrin y el bibliógrafo Barbe (p. 209). Fué otra isla Tolosa entre 1600 y 1800 citada en el folleto de fiestas de 1946 entre el Oria y el Erretengibel o Rondilla, hoy cegada. En realidad la rondilla, boulevard o bulwark sería el *dorso* (gibel) del foso o acequia (*erretena*) que es lo que se cegara y hay que anotar que en la rondilla puede haber de guardia un retén.

Hay en Donestebe otra llamada Inzakardi según Lakoizketa (96), en su Catálogo.

Según Vinson en la REVUE DU BERN ET DU PAYS BASQUE, el nombre genuino de la Isla de los Faisanes fué *Insuhandia*, que traduce como «lugar grande de juncos», como

me comunica I. López Mendizábal. Para mi sería más bien «*juncos altos*», como *gari andi* es trigo alto sin dependencia del terreno en que se sembró, pues el tamaño del islote es diminuto, aunque no tanto como el lenguado de Gautier.

En el mar hay otras islas que son las de Santa Clara en San Sebastián, la de Santa Isabel en Lequeitio, la de Izaro, celebrada por Chapí en una pieza teatral que creo se llamaba «La leyenda del monje» frente a Bermeo, y por Bakio la de Aqueche; San Juan de Gastelugatx, notable esta última por el sitio infructuoso a que la sometió Alfonso XI de Castilla (acerca de ella escribió una pequeña monografía Delmas); y Amuko en el cabo Higuer el último islote.

Prescindamos de Donostia que también fué isla hasta que se colmó el Boulevard.

Que yo sepa ninguna de las islas fluviales ni tampoco ninguna de las seis islas marítimas ha sido denominada nunca como Ugarte, que (según dijimos otra vez) es siempre toponimia de tierra adentro y equivale a confluencia o entrerríos.

En Gautegiz de Arteaga existen barrios llamados Islabekoa e Islagoikoa.

La mejana de Tudela podría venir de la voz Mediana, que para Jorge (PRINCIPE DE VIANA, VIII, 351) son mejanas las islas fluviales.

En carta de Leibniz a Bossuet hacia el año 1691, leemos: «Se ha llegado a orillas del río Bidasoa, para pasar un día en la isla de la Conferencia», según vemos en LA CRISIS DE LA CONCIENCIA EUROPEA de Paul Hazard, pág. 200, uno de los libros de historia mejor hechos que he leído hace tiempo.

A la isla de La Honce en el Adour hace referencia Barbe en la página 203.

En un artículo de Mourlane Michelena, de 1915, contenido en EL ALBUM GRAFICO DESCRIPTIVO DE GUIPUZCOA y publicado con el título de CASAS PATRICIALES se lee que «los Aranzate de Irún tenían manuscritos de Leibniz» Ist das Dichtung oder Wahrheit?

La reina María Luisa de Orleans iba a pasar por Behobia unos

meses más tarde que la baronesa, el 3 de noviembre de 1679 para casarse en Quintanapalla (Burgos) con Carlos II.

Tran es un topónimo que la baronesa inserta por Irún, y creo haberlo leído alguna otra vez en la revista «Euskal Erria», pero no he podido hallarlo posteriormente. También según Taine (p. 107 del VIAJE DE LOS PIRINEOS) *Tran* es la calle de Pau, en que nació el general Bernadotte, luego rey de Suecia, y eso hace pensar que sea uno de los numerosos nombres gascones que éstos dejaron en Guipúzcoa. No podría ser una mala lectura de Irún, como se dice en la *Revue Hispanique* (T. 67, pág. 63), donde Foulché Delbosc, anota los errores sobre el Bidasoa y el Urola.

8. *La bahía de las bateleras en febrero.*

Supo la pseudo-condesa, como muy mujer que era, exaltar los datos referentes al bello sexo que topara en su viaje. Ya las viejas historias de las Amazonas la predisponían a ello, como otros relatos llevaron al viajero de Rouen, a Laborde, Chaho y W. Webster a hallar la *covvade* en Vasconia, pues a menudo se halla lo que se tiene dentro de la mollera.

Así Anglería trata de la fantástica isla de Madanina, de solas mujeres, en las Antillas (p. 17), con la que quizá tenga alguna relación DIE MADCHENINSELN publicado en 1775 por Juan Nicolás Götz. Y Pigafetta coloca esa isla ocotora en el Océano Indico (pág. 168 de la Colección Austral).

El hecho es que de esas famosas marineras ya se ocupó Garibay (I, 286) como cita Areitio en la pág. 92, de su CATALOGO DE LA EXPOSICIÓN DE ESTAMPAS, GRABADOS Y DE 100 LIBROS RAROS Y CURIOSOS REFERENTES AL PAIS VASCO. Bilbao, 1944.

De las fiestas acuáticas del Buen Retiro en Madrid, embellecidas por las bateleras de Pasajes, en tiempo de Felipe III, se trata en el OQUENDO del almirante Estrada (23).

El Conde de Romanones lo llamó estuario, como visto desde Oyarzun en el último tomo de las NOTAS DE UNA VIDA.

En 1933 con motivo de la obra de Chaho (198) vertida del

francés, estudiaba la *república de mujeres* de Rentería de que trataba, y demostraba que este autor había seguido a nuestra baronesa, la que a su vez no se había percatado de que se hallaba en Pasajes, a cuyas bateleras se refería. A estas mismas las hace de Fuenterrabía el título de la pág. 13, de LA NAVE. A dichas bateleras citaba también el geógrafo navarro Pascual Madoz en texto que recientemente (el 15 de octubre del año pasado) ha refrescado Massa en «LA PRENSA». Reza así:

«Son tan diestras en el manejo del remo, que el año de 1660 fueron doce de ellas a Madrid para divertir a Felipe IV en el estanque del Buen Retiro, pues las vió remar con admiración en Pasajes, cuando fué a entregar la Infanta María Teresa para reina de Francia... Otras juegan muy bien a la pelota y todas se acuerdan de un partido que, a principios de este siglo, jugaron dos de ellas en Hernani». Sería curioso presentar esta añoranza. El Doctor Marañón recuerda ha poco a Pepita, la batelera de Víctor Hugo y a los versos de Bretón de los Herreros.

Y lo más curioso es que el texto de Goldsmith en su «Vicario de Wakefield» de 1766, de que un día del año había mercado de esposas en Fuenterrabía acerca del cual hemos llamado la atención (quizá por vez primera) al público de lengua castellana, procede sin duda de este mismo viaje de la baronesa d'Aulnoy cuando ésta cuenta que dichas bateleras, pasaitarras «cuando quieren casarse asisten a la misa de Fuenterrabía, la población más próxima del lugar donde ellas habitan, y allí van los mozos en busca de una esposa». Podría ser en la fiesta de Guadalupe, como en Vergara el día de San Marcial era comienzo frecuente de los noviazgos.

Escribe George Sampson que el buscar las fuentes de Goldsmith es vano, pero no lo creo así al menos en este punto. Goldsmith escribió THE VICAR en 1761 y 1762 y sin duda conocía además el pasaje de la elección de esposo en la iglesia, que trae Swift en la ADICION A LOS VIAJES DE GULLIVER escrito hacia 1726 (cap. V, pág. 305, de la versión editada por LA NACION de Buenos Aires).

Góngora, en una autodescripción burlona titulada «Auto-retrato», escrita en 1587, dice (Romance 24):

«Y hace canciones
para su enemiga
que de todo el mundo
son bien recibidas;
pues en sus rebatos
todo el mundo limpia
con ella de ingleses
a Fuenterrabía».

Es un disparate buscado a propósito el situar a las tropas inglesas entonces luchando en esa bella ciudad fronteriza con los españoles, pero lo inserto, dada la relación con el libro de Goldsmith.

No haremos sino citar el chapuzón en febrero de la batelera agresora y el uso posterior de la voz euskérica *ANDRIA*, dirigida a Madame d'Aulnoy.

9. *Otras notas sobre Vasconia.*

En la pág. 269 sigue: «Como en los pueblos de Vizcaya (Vasconia Occidental) y de Navarra, la aspereza y la altura de sus montañas impidió la invasión de los bárbaros, allí se consideraban caballeros todos, hasta los aguadores». No sé si ha habido aguadores en un país al que Gil Robles ofreció riegos, originando general algazara, pues llovía a veces hasta 220 días al año.

País miserable llama por su pobreza al vasco (33). Hay algunos que atribuyen a esa misma pobreza su gran autonomía pasada y no difiere de ellos Taine quien en su *VIAJE A LOS PIRINEOS* (121) asienta el axioma de «país pobre, país libre», que por cierto no se daba en Venecia, la rica república del Adriático, ni en Génova.

Dudo de que los guipuzcoanos acostumbraran pasar sin nieve

muchos inviernos en su tierra (33) lo que se contradice con el principio de la frase y se explica por el hecho de que quizá no conociera aún el español (28) y por el de los ciclos en meteorología.

Refutan Maura y Amezúa (21) la existencia por tierras vascas de una encomienda de Santiago. Sin embargo, esa palabra y la de recomendación deben de ser las madres del *Gomendio*, que existe como apellido y como dedicatoria a Laburdi en el Joanes d'Echeberri, publicado por don Julio de Urquijo.

Aparte del grabado de San Adrián (113) hay otras noticias vascas como la del convento de Franciscanos hacia Atocha en San Sebastián. La leyenda Alavesa de Nios (nombre de una de las islas Cícladas) es absurda y la recuerda aún en Toledo (349) así como cuenta la tragedia bayonesa en Madrid (253) y del vizcaíno que saltó sobre el toro en Madrid (245).

Lo referente a la inclusión de toda la Vasconia occidental en el concepto de Vizcaya se ve en infinitas partes, pero si tratamos de libros recién aparecidos lo tenemos en los documentos que aporta la biografía de Oquendo por Rafael Estrada (1943-Espasa Calpe) y en el viaje de Madame d'Aulnoy (18 a 20, 25, 26, 30, 47, 269) donde Vizcaya debe también traducirse por Vasconia occidental. Para terminar recuérdese el famoso Sancho de Azpeitia del Quijote que sería guipuzcoano y es llamado vizcaíno.

El *mira, mira* del teatro vitoriano (35 y 144) no es tan extraño si uno recuerda el *Hear hear*, (escuche, escuche), del Parlamento Británico. Era durante los carnavales en Alava según Maura y Amezúa (23 y 40) que aclaran la pieza representada como el SAN ANTON ABAD, de don Fernando de Zárate.

Sobre las dificultades del euskera se cita a menudo un texto de Scalígero, pero hay otro muy parecido que es de Heine en sus *Reisebilder* (126) y dice con referencia a la isla de Norderney cerca de Hamburgo «apenas parece concebible, cómo ellos mismos pueden entenderse con ella entre sí».

Lo que dice de la pobreza del idioma (20) sirvió de incitación a los trabajos de Juan Antonio Moguel. Creo que este relato incitó más a Juan Antonio Moguel que el de Brunel que creía Ro-

dríguez Ferrer (Véase mi EPOCA DE ASTARLOA Y MOGUEL, pág. 57).

10. *La Baronesa en Castilla.*

Llama también espantable a la pequeña sierra burgalesa de Cogellos. Deben de ser «las montañas hoy desaparecidas (110 de Maura) para fortuna nuestra de aquella región burgalesa».

Describe cristales en la carroza que traía a su madre (154). El duque de Clarendon no los encontró en las casas de Donostia en octubre de 1649 (Vide mis VIAJEROS EXTRANJEROS EN VASCONIA). De los ocho mil vidrios hechos venir de Venecia hablan en la pág. 189, Maura y Amezúa, así como en la 136.

En la biografía del famoso Dr. Samuel Johnson, por Krutch, leemos (526) cosas peregrinas sobre las ventanas escocesas, cien años más tarde y sobre la suciedad de Londres (56).

Ya Ballesteros nos dice que el tener vidrieras una casa representaba un lujo (p. 545).

J. J. Rousseau es uno de los últimos ecos del asunto en su DU CONTRAT SOCIAL (Libro III, cap. VIII), que Velarde traduce así: «En Madrid hay soberbios salones pero sin *ventanas* que preserven de la intemperie y los dormitorios son nidos de ratas» (269).

Aunque no tengo delante el texto original me imagino que se tratará de cristales o si no como dice la edición de París de 1827, de la versión castellana «con malas ventanas» y la edición Tor que poseo también trae, «pero sin ventanas que cierren bien».

Este es un ejemplo más de cómo se hacen muchas traducciones.

Hay un juicio de la baronesa sobre los viajeros españoles que coincide con otro análogo de J. J. Rousseau, basado sin duda en su admirado amigo Altuna. Dice así: «Si algún español recibe una buena educación y viaja, conociendo el mundo, aprovecha mejor que ningún extranjero sus estudios y observaciones».

Describe un castillo de Igariza por el Jarama (333 y 365) que para los autores madrileños es Higares (307).

Cita unos holandeses que patinaron en el estanque del Retiro, NOS (54), la nota de indolentes que nos lanzaba Chatfield-Taylor,

deporte que tanto gustara luego al amigo de Goethe, Klopstock, mentado en sus MEMORIAS O POESIA Y REALIDAD, Tomo III, pág. 96 de Calpe, versión que he corregido cuidadosamente, cotejando el original alemán para dicha editorial.

A la tierra sigilada de que trata en muchos pasajes la baronesa francesa recuerda el historiador yankee Sigerist en su CIVILIZACION Y ENFERMEDAD, p. 160, cuando escribe: «En Lemnos, la tierra donde cayó Hefaistos o Vulcano se llamaba a sí y se utilizaba para la picadura de serpiente y para la manía».

La *terra sigilata* es un kaolín o mezcla de trisilicato de magnesio o hidróxido de aluminio como pasa en la bola de Armenia y los iameni según una publicación de la casa Roche. Véase Alejandro de Humboldt en ANSICHTEN DER NATUR (p. 187), que admite que la caliza puede neutralizar la acidez gástrica, pero no cree (y yerra) que pueda hacerlo la arcilla.

Hay un don Sancho que dice que Galicia es de escasa belleza (75), lo que es una herejía estética. Acertó en su profecía acerca del valor de los zaragozanos (92) pero el juicio sobre su francofilia, quedó quebrado más tarde (46).

Los españoles le parecen ingeniosos y muy inteligentes en varios pasajes (56, 96 y 153) y Montesquieu le sigue en ello.

La gorronería en las invitaciones que atribuye a los españoles (158) la he visto en miembros de muy diversas naciones en una visita colectiva a una fábrica de chocolates de las proximidades de Nancy, que me dejó muy sorprendido.

Son de gran interés sus descripciones de la Corte de los Austrias y conviene leer tras ellas, las del duque de Saint Simon en el tomo segundo de sus «MEMOIRES».

El prodigio del arroyo catalán (44) no lo es tanto, pues en Juárez, cerca de Tandil, hay una Gruta de las Aguas Doradas en la que los objetos del fondo parecen ser de oro. Coincide con Lord Clarendon en que las cocinas no tienen chimenea (60) al menos en la Bureba.

Los juicios sobre la psicología española por la condesa son agradables en general; tan sólo el de perezosos es uno que molesta bastante (56) como lo hacía a Valera en sus ECOS ARGENTI-

Hasta Ramón y Cajal cita este viaje en sus famosas REGLAS Y CONSEJOS (p. 260) con referencia a este calamitoso período de nuestra historia.

II. Correcciones.

Algunos de los títulos del duque de Borgoña aparecen aclarados en THE CLOISTER AND THE HEARTH del novelista inglés Reade (p. III).

A varios de esos títulos no hay que tomarlos en serio, como cuando escribe Huizinga que es meramente simbólico el número de 17 que se adjudicaba a las Provincias Flamencas en la Edad Media (La Nación Holandesa, pág. 36), pero en cambio el ejemplo que da de «los siete mares» como número figurado no lo es en realidad.

En la versión de La Nave, leemos Braganza por Brabante en la pág. 378, entre los títulos flamencos del Rey de España y Gró Nelghen por Groningen. Salina es Salins de Francia.

La sierra de Albanera (378) quizá sea Valbanera al norte de la de Urbión que ha dado su nombre a un barrio de Buenos Aires. De otro modo sería una extraña blanquinegra, parecida a las vacas holando-argentinas.

En la pág. 371 nos habla de una cajita de encina que quizá dirá *chêne* en el original, siendo por tanto de roble. Como Maura-Amezúa escriben madera de la China (314) convendrá cotejar el original.

«El palo santo o guayaco y una raíz médica llamada China (distinta de la Quina) (2) descubierta por los españoles en América» escribe el polígrafo montañés en los JESUITAS EXPULSADOS, pág. 78.

Como costumbres ha vertido Ruiz Contreras la voz *costumes* (190) en lugar de vestidos. Y como buey, la vaca o eral de la carnicería (193), siguiendo el uso que ha castrado nada menos que

(1) Y del cereal quinoa, que confunden con la quina, los traductores de La Rama Dorada de Frazer, (p. 497), esposos Campuzano.

al toro *Apis*.

Me hace muy poca gracia la falda *más inferior* de la pág. 167, que revela un total desconocimiento del comparativo latino. Supongo quiere decir *interior*, pero sin llegar a *intima*.

Sorprende un poco la alameda de los olmos en El Escorial, recogida por Maura-Amezúa (320). Y de las falsas bohemias ya he hablado antes, pues como escribía De Lancre «ne sont ni Egyptiennes ni du Royaume de Bohème» (180).

Especies por especies (356) puede ser una errata tipográfica.

Opino que el traductor debiera haber puesto notas a afirmaciones como que las Universidades de Coimbra y Evora estaban en España (379) en 1679, pues ya se había separado Portugal; alcalde no es juez, mandarinas por las vacas madrinas (231), ayuno por vigilia (192) y el trigo de Indias (62) que es el maíz.

Hay algunos defectos de traducción en esta versión de La Nave que vamos a citar, aún sin tener a la vista el original francés. Tratando de la máquina hidráulica de Juanelo Turriano en Toledo, habla de sus fundaciones, en lugar de sus cimientos (362).

No está bien vertido pasar por tres puentes en vez de por uno de los tres puentes (68) en Burgos; tapiz por alfombra (116), ni India por América, (147, 283, 62); Inocente por Inocencio (341). Supongo para terminar que la montaña de Strella será la Serra da Estrelha de Portugal (150), equivalente a nuestro Izarraitz.

Marañón, en su completísimo y ameno ANTONIO PEREZ, cita el retrato supuesto de la princesa de Eboli en la página 211, en el palacio de Buitrago a que se refiere la baronesa.

Menéndez y Pelayo escribe en sus JESUITAS EXPULSADOS, p. 68: «En cuanto a peregrinos relatos históricos y estupendas descripciones de costumbres, superan en mucho a los libelistas holandeses, los viajeros de diferentes naciones que recorrieron nuestro país en los siglos XVII y XVIII. Justo es advertir sin embargo, que ninguno osó faltar a la verdad en tanto grado como los *touristes* franceses contemporáneos. Léanse las famosas relaciones de la condesa d'Aulnoy y de van Aerssens de Sommerdyck; compárese el viaje a España de Teófilo Gautier por no hablar de otros muchos conocidos y se observará fácilmente la diferencia».